

**POR LA RESTAURACION DEL ORDEN  
POLITICO CRISTIANO**

por

**J. URCELAY ALONSO**

Licenciado en Ciencias Biológicas



## POR LA RESTAURACION DEL ORDEN POLITICO CRISTIANO

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* define el orden político Cristiano como «ese modo de organización de la sociedad que responde por igual a la naturaleza del hombre y a los designios de Dios, que la doctrina social de la Iglesia ha presentado de forma explícita y sistemática», y que no es otra cosa que la Ciudad Católica.

El orden político Cristiano así entendido, no es una entelequia. Ha tenido una larga presencia en la historia, constituyendo la llamada Cristiandad. En ella confluyó lo mejor de la herencia grecolatina para culminar, tras la conversión de los pueblos bárbaros, en la unidad del Sacro Imperio Romano forjado por Carlomagno, y después en el esplendoroso siglo XIII que, abonado por los sacrificios y gestas heroicas de las Cruzadas y la reconquista española, floreció con la sabiduría de Santo Tomás, el apogeo de las órdenes religiosas, las universidades y el arte que hicieron de Europa cordillera de catedrales y campanarios.

Si la Iglesia pudo crecer desde la predicación de aquel número insignificante de primeros discípulos, dispersados por el Imperio a raíz de las persecuciones en Jerusalén —Dios escribe derecho con renglones torcidos—, para llegar a convertirse en la religión oficial de Roma y dar lugar como fruto de sus entrañas al régimen de Cristiandad que vertebra todo el medievo, es porque la Iglesia, como explica Hilaire Belloc, no fue nunca una opinión, ni una moda ni una filosofía. No fue tampoco una teoría, por elevada que fuera, ni un hábito. La Iglesia Católica fue siempre, por deseo de su Divino Fundador, un cuerpo social claramente delimitado y basado en doctrinas definidas, celoso en extremo de su unidad y de la precisión de sus convicciones, e im-

buido, como no lo estaba ninguna otra organización humana de la época, de una convicción apasionada.

Y con este párrafo hemos sentado ya lo que en mi modesta opinión constituye el determinante principal de la crisis actual del orden político Cristiano y, como corolario, la clave para su restauración.

La Cristiandad, la civilización cristiana, la civilización occidental, o como quiera llamarse, es hija de la Iglesia. Son sus principios y el desbordamiento de su vida rebosante los que constituyen los pilares y la savia nutricia de esa jerarquía de personas colectivas, de poderes organizados, de clases, que suben desde la familia hasta la autoridad del Rey y que constituyen la sociedad cristiana. La sociedad participa así del ordenamiento impuesto por el «principio y fundamento» ignaciano para todas las criaturas: ayudar al hombre a alcanzar el fin último para el que fue creado; servir, alabar y dar gloria a Dios y con ello salvar su alma y ganar la eternidad. La sociedad y el estado se hacen católicos porque reconocen en sí mismos esa condición de medios puestos por Dios para facilitar al hombre el logro de su destino trascendente.

Un régimen estable de Cristiandad supone, pues, necesariamente una Iglesia firme en sus principios, comprometida con la verdad y unida a Cristo, que es Camino, Verdad y Vida, como el cuerpo a la cabeza, como el sarmiento a la vid. Sólo así puede dar frutos de Cristiandad.

Supone unos cristianos llenos de fe, de esperanza y caridad. Pero de una fe que no es «ciego sentido religioso surgido de las tenebrosas profundidades del subconsciente, moralmente informado bajo la presión del corazón y el impulso de la voluntad», sino de esa fe auténtica, tal y como la Iglesia la define, que es «verdadero asentimiento de la inteligencia a la verdad adquirida extrínsecamente por la enseñanza recibida *ex auditu*; asentimiento por el cual creemos (en razón de la autoridad de Dios, cuya veracidad es absoluta), todo lo que ha sido dicho, atestiguado y revelado por un Dios personal, nuestro Creador y Maestro»:

Supone hombres verticales, con su estructura divina y natu-

ral erguida: la fe por encima de la razón con la que dirige la voluntad para sujetar las pasiones. Sustrato indispensable de la naturaleza para que la gracia pueda operar.

Supone una sociedad cristiana, entretejido de relaciones humanas que nace en la familia y en la asociación de familias, que crece de abajo a arriba para satisfacción de las necesidades psicológicas y materiales que el hombre no podría atender por sí solo, que es ambiente para el «arraigo» y la «domesticación» por los que el hombre, como explican Saint Exupéry y Gamba, se abre a los demás y lo demás y alcanza su plenitud como persona.

Supone, finalmente, un Estado, ordenamiento jurídico orientado al bien común, armonizador de intereses y moderador respetuoso de la vida social. Un Estado que es católico porque se reconoce subordinado a un bien superior y a unos principios inmutables externos a sí mismo. Que es católico porque participa de la alabanza universal de la Creación a su Creador. Que es católico porque reconoce a la religión verdadera y a la única Iglesia como sociedad perfecta con la que el Estado colabora para que el mismo hombre, que a ambas sociedades pertenece, pueda lograr su fin último terrenal y eterno.

Hombre, sociedad y Estado, en interrelación armónica, y sustentados, a su vez, en el basamento de la Iglesia, son los pilares que constituyen la Civilización Cristiana.

Las conexiones mutuas de estos componentes son de tal naturaleza que el deterioro de uno de ellos afecta necesariamente a los demás y compromete, a su vez, la estabilidad de todo el edificio.

Especialmente ligados están los hombres y la sociedad, pues al ser ésta producto de la iniciativa de los hombres, cuando éstos se corrompen también su fruto es amargo. Así como difícilmente una familia es virtuosa si sus componentes están dominados por el vicio, así también es difícil que una sociedad sea cristiana cuando por un tiempo duradero y en un número grande de personas, se ha alterado esa estructura humano-divina que es el hombre naturalmente ordenado y sobreelevado por la gracia.

Una sociedad cristiana «cristianiza» y ayuda a mantenerse bue-

nos a los hombres que la componen, potenciando la virtud y poniendo trabas a la irrupción y extensión del mal. Por el contrario, cuando debilitada por el comportamiento de los malos, la sociedad acaba descristianizándose, es preciso multiplicar el esfuerzo exigido para mantenerse en la virtud, mientras que las pasiones incontroladas, el orgullo de la razón y la autonomía de la voluntad fácilmente acabarán corrompiendo a un número mayor.

Esta especie de «ley de conservación» de las sociedades en relación a los individuos que la componen y respecto a su adecuación al régimen general de cristiandad, pone de relieve el enorme interés que en orden a la salvación de las almas, objetivo primario de la Iglesia, tiene el que las sociedades sean cristianas y sacralizadas por la virtud de los buenos, sean a modo de sacramentos naturales que coadyuven a la salvación del mayor número de hombres.

También son estrechas las relaciones entre la sociedad y el Estado, de forma tal que difícilmente pueden convivir siendo de distinto signo. Diríamos que como un objeto frío y otro caliente puestos juntos tienden a igualar sus temperaturas, así también sociedad y Estado se interinfluyen para bien o para mal. Sólo la dictadura y la represión externa permitirían subsistir largo tiempo a un Estado cuyo contenido ideológico, y más aún religioso, no se ajustase al de la sociedad a la que dicho Estado vertebraba. Y aun en ese caso, tal situación sería inevitablemente inestable y provisional, puesto que antes o después la tensión se resolvería en una de sus dos únicas salidas: o el cambio social, ya sea por el apostolado o por la coacción y manipulación propagandística por parte del Estado, o la revolución más o menos fulgurante de ese ordenamiento jurídico que el cuerpo social no reconoce como propio. Es decir, o el Estado se impone a la sociedad o la sociedad al Estado. Quizás sea ésta una explicación sugestiva del desmantelamiento del régimen de Oliveira Salazar por unos cuantos capitanes con claveles en la boca de sus fusiles ante la mirada condescendiente de una sociedad desde hacía años infiltrada de liberalismo y mentalidad premarxista y seguramente descuartizada en cuanto a su trabazón orgánica. Pero, en cualquier

caso, puede esta reflexión constituir una clave interpretativa de los sucesos que actualmente tienen lugar en Polonia, donde una sociedad cristiana lucha por desembarazarse de un Estado comunista que por la fuerza se mantiene como parásito del cuerpo social. Sea cual fuere el resultado final de la confrontación casi teológica de la Polonia católica contra sus opresores, no cabe duda de que a la luz de estas consideraciones el derrumbamiento final de todo Estado comunista es inevitable, ya que, según lo dicho, el Estado comunista necesitaría como sustentación una sociedad sin clases, comunista también, y esa sociedad, a la que la Unión Soviética ya debería haber arribado hace años si fuera cierta la teoría marxista, ni existe ni podrá existir jamás fuera de las mentes de los creadores del comunismo.

No es lo mismo una sociedad sin clases, de hombres iguales, que una sociedad oprimida de hombres aplastados. Esta diferencia, antes o después, y para bien de la libertad del género humano, es la que acabará derrumbando estrepitosamente esa alianza entre el demonio y los hombres que son los Estados comunistas.

En punto a la persistencia del régimen de Cristiandad, los cambios a nivel de la sociedad son más perdurables que los que operan sobre el Estado. Mientras que la sociedad se modifica lentamente y en necesaria continuidad con su propio pasado, de modo que sobre ella a cada momento pesa, además del presente, el carácter y la obra de las generaciones pasadas, el Estado, producto casi exclusivo de un acto de voluntad, puede, y de hecho ocurre con frecuencia, variar a saltos, cambiarse de la noche a la mañana y romper así, a fuerza de *Boletín Oficial*, con la constitución secular del Estado de una nación. De hecho, prácticamente con la única excepción del Reino Unido, el resto de los Estados actuales son producto de rupturas radicales con la situación legal inmediatamente anterior.

Por eso, los cambios históricamente trascendentes en la vida de los pueblos son, sobre todo, los que a paso lento afectan al hombre y a la estructura social, puesto que son éstos los que exigen o consolidan aquellos otros que con brusquedad pueden operarse en el Estado. Por eso tiene razón Gabriel García Can-

tero cuando afirma que la introducción del divorcio en España es más grave que un cambio de régimen como supondría la proclamación de una nueva república.

Por último, las relaciones de los hombres como individuos con el Estado operan normalmente a través de la sociedad como intermediaria en el régimen de Cristiandad que estamos considerando. Sin embargo, en la actualidad, con el advenimiento de los totalitarismos y la destrucción de todo resto de sociedad, es muchas veces el individuo el que queda como desguarnecido interlocutor del Estado omnipotente, bien sea para caer a su servicio en un una auténtica estadolatría, bien sea para enfrentarse en desigual combate prefiriendo el Gulag o la tortura antes que vivir como un esclavo.

Hombres, sociedades y Estados se apoyan en un régimen de Cristiandad sobre el basamento firme de la Iglesia, fuerza generatriz de todo el Orden Político Cristiano.

Los cuatro elementos sufren a lo largo de la historia los embates de la Revolución que pretende la destrucción de la Civilización Cristiana.

También la Iglesia es blanco de la Revolución. La barca de Pedro cuenta con el auxilio del Espíritu Santo descendido sobre la Iglesia el día de Pentecostés, de forma tal que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero que la barca no se hunda no quiere decir que la travesía sea tranquila y que la tormenta y el oleaje no puedan zarandearla. «Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como al trigo; más yo rogué por tí, para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 31.32).

El proceso erosionador de la Cristiandad se inicia prácticamente con Lutero y el protestantismo. Hasta entonces es cierto que múltiples herejías habían surcado el firmamento de la Cristiandad, pero se trataba casi siempre de controversias sobre puntos concretos del dogma, muchas veces hasta ese momento no enteramente definido. Después del consiguiente debate y consejo, y de la sentencia de la autoridad, se resolvía condenar la herejía y se hacía pública una solución ortodoxa. Desde ese instante



el hereje, si no se ponía a tono con la opinión definida, dejaba de estar en comunión. En cualquier caso, tanto su rechazo como su insistencia inicial respecto a la doctrina herética, son pruebas de que implícitamente el hereje consideraba la unidad y la definición como dos notas necesarias a la verdad católica. Como recuerda Belloc, ninguna herejía pretendió que la verdad fuese cosa vaga e indefinida, y en ese sentido las herejías de los primeros siglos tuvieron la contrapartida de obligar a la Iglesia a una mayor investigación teológica y definición del dogma.

El protestantismo supuso, por el contrario, un atentado de primera magnitud contra la Iglesia en cuanto basamento de la Cristiandad, ante el que la Iglesia tuvo que reaccionar con extraordinaria energía amputando el peligro, evitando, por doloroso y desgarrador que resultara, el contagio a todo el organismo.

La contrarreforma católica combatió en Trento las desviaciones doctrinales de la herejía, reforzando el dogma y la definición de los principios católicos. Con San Ignacio, San Francisco Javier, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Borja, por no citar más que nombres españoles, la Iglesia dio también una respuesta «vital» al protestantismo, mereciendo por la intercesión de los santos un torrente de gracias del cielo que hicieron posible el refortalecimiento de la Cristiandad escindida.

Pero el luteranismo introdujo también un factor de perturbación en el interior del hombre alterando su estructura humano-divina al proclamar la autonomía de la razón respecto de la fe. Desde entonces latiría en el seno de la Cristiandad un peligroso fermento cuyas últimas consecuencias, especialmente a nivel social por las estrechas relaciones de las que ya hablamos, tardarían algunos años en aflorar a superficie.

El camino de la Revolución avanza desde entonces por un plano inclinado en el que los primeros efectos son, a su vez, causa de los siguientes.

Así, al protestantismo sucede el absolutismo de los monarcas, que cambia sustancialmente el significado del Estado cristiano, limitado hasta ese momento por la acción contenedora de los cuerpos intermedios. Y al absolutismo y la Ilustración el li-

beralismo en sus distintas etapas, auténtica eclosión de los males que sobre el individuo, la sociedad y el Estado se venían gestando. La Revolución francesa marca así una verdadera rebelión contra el régimen de cristiandad en el que hasta entonces había vivido el mundo occidental.

El marxismo y todas las demás facetas del proceso revolucionario en nuestros días no son más que la estela de conclusiones lógicas a la vista de la concepción del hombre, la sociedad y el Estado implantadas por el liberalismo en sustitución de los principios del orden social cristiano. Un hombre invertido, horizontal, dominado por la pasión, prostituido en su razón, sin más voluntad que el capricho o la veleidad. Una sociedad atomizada, individualista y sin arraigo ni tradición, entregada a la lucha de clases. Un Estado laico, absorbente, totalitario, sin contención moral ni social, muñeco de guiñol en manos de unas minorías profesionales de oportunistas y titiriteros.

La Iglesia hizo frente a la Revolución desde sus orígenes, conservando el régimen político de la Cristiandad y preservándole de sus enemigos. Con la definición del dogma sentó las bases; con su magisterio continuo y la condena de los errores y herejías mantuvo siempre firmes los pilares; con su santidad sacralizó y dio vida fecunda, riego y nervadura, a individuos, sociedades y estados. La Iglesia se mantuvo fiel y en tanto se mantuvo la Iglesia permaneció encendida la llama de la Cristiandad en un mundo secularizado que a todos los niveles se apartaba de la Religión. Mientras el basamento se mantuvo firme, como realidad, como expectativa o como eco de la conciencia, la Cristiandad latió en Occidente. Es sólo cuando víctima del cansancio, del derrotismo de los católicos, de la infiltración y de la impregnación de los errores del siglo, la Iglesia se resquebraja y aparecen esas grietas por las que entra el humo de Satanás, cuando esa Cristiandad, abatida pero presente, amenaza con el derrumbamiento final.

Recordamos el pensamiento de Belloc: si la Iglesia se distinguió de las múltiples sectas que proliferaban por cada rincón del Imperio, si fue capaz de penetrar la cultura y las institucio-

nes romanas dándoles un nuevo ser y alumbrar así toda una Civilización, fue porque «la Iglesia católica no era una opinión, ni una moda, ni una filosofía, ni una teoría, ni un hábito; sino un cuerpo social claramente delimitado y basado en muchas doctrinas exactas, celoso en extremo de su unidad y de la precisión de sus definiciones, e imbuido, como ninguna otra organización humana de la época, de una convicción apasionada».

Y fueron esa definición y ese celo los que conformaron el genio civilizador de la Iglesia como vehículo natural a través del que operó la gracia y ayuda divinas haciendo posible la cristianización de lo salvable del Imperio, la evangelización de los bárbaros y el alumbramiento de la Ciudad Católica.

La Iglesia fue civilizadora porque no creyó que el hombre sea un ser autosuficiente, ni tampoco que haya sido puesto, por naturaleza, en posesión de las llaves que abren las puertas del conocimiento total o del bienestar social completo. Porque propuso sus doctrinas, no para ser sustentadas como opiniones, sino como un cuerpo de fe. Porque propuso la afirmación en lugar de la hipótesis, porque afirmó hechos históricos concretos, la pasión y resurrección de Cristo, en lugar de mitos sugestivos, y consideró su ritual de misterios como realidades y no como símbolos.

En la medida en que una parte importante de la Iglesia, en su componente visible, humano y fallible se aparta de esta posición para caer en posturas relativistas, en vagos acuerdos entre opiniones individuales, no solamente se aparta de la predicación de Nuestro Señor, de su tradición y de su esencia y finalidad, sino que pierde radicalmente su capacidad alumbradora de Civilizaciones, su posibilidad de constituir firme soporte de un orden social armónico y estable.

Esta es la obra del progresismo, la última crisis de la Cristiandad, que atenta directamente contra la Iglesia y, con ello, contra los mismos cimientos del Orden Político Cristiano, haciendo imposible su persistencia.

En esta situación nos encontramos hoy. Tan profunda es la

crisis. Tan radical ha de ser la restauración. Es todo un mundo el que hay que reconstruir «desde sus cimientos».

Es cierto que todavía descubrimos aquí y allá restos de Cristiandad, más importantes aún en España que en otros países: familias católicas, educación cristiana, costumbres y tradiciones... seguramente mucho más de lo que nosotros mismos somos capaces de valorar. Y será necesario que, sacudiéndonos cierto pesimismo, agucemos nuestro olfato y descubramos esos restos aún humeantes, pues lejos de despreciarlos, han de ser los focos de la nueva restauración, los puntos en qué apoyarnos, la vida qué contagiar. Esas parcelas de Cristiandad que se mantienen contra el viento y la marea, a pesar de los embates de la Revolución, son las Covadongas desde las que iniciar la reconquista.

No podemos permitirnos el lujo de subestimar los muchos elementos de Cristiandad que quedan a nuestro alrededor y que quizás fueron borrados del mapa de otros países hace muchos años: el gran número de personas que se consideran católicas y el mimetismo en tantas ocasiones de la vida o al borde mismo de la muerte de los que dicen no serlo, los muchos colegios cristianos y la preponderancia de las congregaciones religiosas en la educación de la infancia y la juventud, el patriotismo y ejemplaridad de las Fuerzas Armadas, la Santa Misa dominical en una televisión por lo demás socialistoide, los sacerdotes en los hospitales, las procesiones, las romerías y todas las manifestaciones de una piedad popular arraigada, las fiestas religiosas en el calendario civil... Tantos y tantos elementos dispersos y contradictorios, a veces, pero que son ese humus cristiano difícil de eliminar para desgracia de algunos y que constituye un esperanzado reflejo de hasta qué punto caló entre nosotros la Cristianidad. Pequeños baluartes que hay que defender sin entregar un solo palmo de terreno más a la Revolución. Cada uno lo que esté en la esfera de su responsabilidad: los estudiantes, las capillas en las facultades; los vecinos, las celebraciones del santo patrón; los militares, las misas de campaña o los capellanes castrenses.

El obligatorio descubrimiento y potenciación de esos rescol-

dos que aún humean no puede, sin embargo, confundirnos ni llamarnos a engaño respecto a la profundidad de la crisis y el orden y alcance que ha de tener la empresa restauradora. Ni creerse que todo se ha perdido, ni pensar que aquí no ha pasado nada y que todo se reduce a tener que reconquistar un día de febrero el Estado perdido por la traición, proclamar la confesionalidad mediante una reforma en profundidad de la Constitución y poner un policía de uniforme en la sede de cada partido político.

No, no se barren con una decisión de gobierno cuatro siglos de Revolución. No, no se pone en pie el edificio hundido tirando hacia arriba de las cúpulas. ¿No tenemos acaso demasiados ejemplos recientes?

La acción política, en sentido restringido, ha sido prioritaria hasta ayer, porque era fundamental defender un Estado que por virtud de la sangre y el heroísmo se había rescatado, *in extremis*. Pero aquel Estado cayó, víctima desde luego de la traición y la corrupción, pero consecuencia también de esas interrelaciones entre los elementos del Orden Político de las que hemos venido hablando, de una sociedad desvitalizada en sus redes naturales, de unos hombres que habían cambiado la tensión espiritual de la postguerra por el consumismo y la búsqueda del placer, y víctima, finalmente, del progresismo y la crisis postconciliar de la Iglesia.

Si queremos recomponer el Orden Político Cristiano de verdad, de forma duradera, hay que hacerlo en todos sus elementos y con prioridades acordes a la importancia de cada uno e interrelaciones entre ellos.

Restaurar el Orden Político es así combatir el progresismo religioso, luchar contra los errores y desviaciones doctrinales, aumentar la santidad de la Iglesia, la fidelidad al Papa, la comunión con el Magisterio, la continuidad con la Tradición; es afirmar la fe de nuestros prójimos, hacer apostolado y predicar con el ejemplo, dar catequesis, hacer oración y vivir los sacramentos; es ayudar en la parroquia, apoyar al buen sacerdote en

su labor, dar limosna, practicar la misericordia, embeberse de devoción mariana.

Combatir el error y aumentar el depósito de santidad de la Iglesia es restaurar el Orden Político, porque son sus principios y el desbordamiento de su vida rebosante, como ya dijimos, los que constituyen los pilares y la savia nutricia de la sociedad cristiana.

Sólo la Iglesia puede hacer nacer el hombre nuevo que la Cristiandad necesita. Porque es el hombre el eje de todo el sistema, en él vive la Revolución cuando vive en pecado y su estructura divino-natural se desmembra, y sólo él puede generar una sociedad en la que la jerarquía de sus componentes es proyección del orden entre las formalidades del propio hombre, su capacidad intelectual, su capacidad sensible y su formalidad de ser, todo ello sobreelevado hasta el nivel de la fe por la gracia.

Es preciso reconquistar al hombre, hacer proselitismo, saber tallar pacientemente la buena madera que descubramos en los demás a nuestro alrededor, con inmensa humildad para sabernos solamente cincel en manos de Dios; con inmensa caridad para comprender que Dios quiere que todos los hombres se salven, que son los pecadores y los enfermos los que necesitan médico, que es en el cielo mayor la alegría por una oveja que estaba perdida y que se ha recuperado que por otras noventa y nueve que permanecieron en el redil.

Estoy convencido de que la situación actual no es para establecer más barreras que las que nos protejan del contagio, y que lo que hay que hacer es impregnarse de un nuevo sentido apostólico, porque a los tiempos apostólicos se han vuelto a parecer nuestros tiempos, y, como San Pablo, hacerse todo a todos para ganar a todos.

Hay que ganar al hombre y con él formar escuelas en las que el Ideal se conozca y se fortalezca, en las que se prepare a todos para rendir al máximo todas sus potencialidades humanas y sobrenaturales, aportando también ahora, como los primeros cristianos, lo mejor que tenga de sí: su experiencia, su ciencia, su dinero, sus relaciones, sus horas libres...

Y con el hombre, comenzar la restauración social de los cuerpos intermedios mediante una efectiva acción capilar, en armonía con el propio medio vital, movilizándolo a los que conviven en el mismo medio por problemas que directamente les afectan y sienten propios, creando hermandades de todo tipo, sindicatos de empresarios y trabajadores, asociaciones de vecinos de barriada o municipio, fomentando la creación de colegios o universidades católicas, de asociaciones de padres, de antiguos alumnos, de amas de casa, círculos culturales, revistas y publicaciones..., participando, en suma, en una acción cívica desarrollada en aquellos ámbitos en los que naturalmente nos movemos y en los que nos sentimos responsables y competentes.

Sólo cuando exista toda esta labor previa o simultánea tiene sentido la acción específicamente política, la que se ordena directamente al Estado para su conquista o para la elaboración y desarrollo de determinados programas de gobierno. Porque si la política es la acción de los frutos espectaculares a corto plazo, si no va acompañada de una acción apostólica y de una acción cívica, que atiendan al hombre y a las redes sociales, es también la creadora de las grandes ficciones, de gigantescos muñecos con pies de barro que, como casa construida sobre arena, amenazan siempre con venirse abajo.

A la acción política, la superior en dignidad pero la última en el tiempo, como también va después en el tiempo el Estado que la sociedad y ésta que los individuos, le está reservada desde el principio la dirección y coordinación de toda la empresa restauradora, estudiando las necesidades ante cada circunstancia, dosificando esfuerzos.

Llegado el momento, cuando la situación estuviera oportunamente madura, sería cuando la acción política cobraría todo su protagonismo; reclamando el Estado, en nombre de todos, esos recursos humanos y fuerza social movilizados.

Así como la reconquista española duró siete siglos, también ahora la empresa restauradora que nos convoca será una tarea de generaciones, en la que sólo a unos pocos les será dado ver el triunfo final. Todos tenemos en ella un puesto y una misión,

por modesta que parezca. Lo que nosotros no hagamos quedará eternamente sin hacer. Todos tenemos ante la restauración de la Cristiandad una responsabilidad. Dios, que conoció el corazón de la pobre viuda que con unas perras chicas fue más generosa que los fariseos con sus trompetas y sus millones, premiará, a buen seguro, nuestra entrega a esta Causa que es la Suya.

Y acabo con las palabras de Pío XII que tantas veces hemos repetido: es todo un mundo el que hay que reconstruir desde sus cimientos.

¡Bienaventurados nosotros si además de combatir sabemos ser civilizadores!